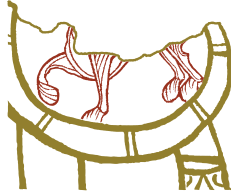


FUNDACIÓN LAS EDADES
DEL HOMBRE



HERMANOS PARDO



“Nuestra Idea o Pensamiento se basa precisamente en que la vida misma y nuestra actividad son la causa y el significado de nuestra pintura”.

Los verdaderos creadores son aquellos que han logrado revelar algo. Si analizamos el término revelación y su etimología, viene a decirnos que atiende al descubrimiento de un secreto. Es el acto y efecto de revelar una existencia oculta. En el medio fotográfico “revelar” responde a la siguiente premisa: hacer visible la imagen latente en la placa o película.

La revelación es un misterio. Solucionar el cuadro también lo es.

Nietzsche afirmaba: “Todo lo profundo necesita una máscara”.

Lo que nos acontece sería la máscara y necesita “su” misterio. Hay que ser capaz de traspasar dicha máscara para saber y “comprender” el verdadero conocimiento de lo profundo, que no es otra cosa que “su” oculto secreto. A través de la pintura encontramos ese misterio, la esencia que poseen las cosas y que forman parte de nuestro mundo, de nuestro universo.

La plasticidad y rigor en la pintura, y su misterio, son una constante en nuestro pensamiento.

La manipulación de la materia posee un poder emocional que traspasa la “simple apariencia” de la misma sustancia, provocando un auténtico hallazgo. Es entonces cuando se produce un diálogo con la sustancia pictórica, secreto y universal, donde nuestra mirada no se ve atraída por la habilidad manual más o menos virtuosista, y si por la seducción de representar la materia física de las cosas y la esencia misma de la naturaleza.

La realidad depende más de la capacidad del artista para comunicar ideas o emociones que la representación simple o compleja de lo visualmente percibido. Dicha realidad es sólo el punto de partida, a través de la cual se expresa y se plasma, entre otras cosas, ciertos valores intangibles como la emoción, el misterio, el ambiente, etc. Conceptos que no se pueden palpar o tocar pero si “pintar”.

No se busca la mimesis o copia más estricta de la realidad, ya que la imagen minuciosamente representada está sometida a una especie de mimetismo sin más: objetos copiados del natural, sin ningún tipo de juego plástico, gestual o emocional. La simple representación de lo visualmente percibido nos lleva a la incapacidad de trascender la realidad como tal, y situarnos solamente en la superficie de las cosas, incapaces de profundizar más allá de lo que el ojo ve. Tal representación se produce bajo la limitación que supone la percepción visual, sin “atender”, en absoluto, a la percepción sensorial.

Está fuera de lo que personalmente consideramos el “alma” de las cosas.

La realidad no existe en la obra de arte, en el soporte, en la pintura; lo que existe es nuestra realidad y la de cada uno. Esa es su grandeza y su misterio. Llegar a la magia de las cosas que nos rodea es lo verdaderamente importante. Para conseguirlo hay que desvelar la esencia de todo aquello que nos rodea, o mejor dicho, de lo que más nos estimula y nos emociona.

Desde el corazón más íntimo de las cosas para llegar a atrapar una realidad visible.



Las vivencias representadas en nuestra pintura desempeñan un papel fundamental para entender y valorar los significados de esta. No representamos nuestra realidad como un fenómeno natural de mayor o menor belleza; se trata de una pintura que pretende llevar al soporte una realidad, que podríamos llamarla, “inventada”, trabajada, transformada y manipulada en el estudio; no se trata de “copiar” ninguna realidad preexistente, sino “retratar” tu propia realidad, interpretando aquellos elementos que te da la propia naturaleza para obtener un tipo de imagen o representación acorde con la sensibilidad vivida. Una realidad transformada en una interpretación personal y subjetiva, cargada de emociones y significados.

El cuadro es la mirada interior del propio artista.

El pintor está indisolublemente unido a su mundo por unos lazos que no son únicamente estéticos. A nuestro espacio y a nuestro entorno no los poseemos, más bien nos poseen. Es precisamente por esto, en esa atracción por su realidad y viceversa, que la incorporamos a nuestra creación artística como sujeto y valor principal de la obra y no como simple anécdota. Esto es lo sorprendente y mágico de pintar y representar lo que aparentemente parece ser una experiencia rutinaria. La explicación está en la atracción y emoción que sentimos a contemplar dicho asunto.

Hay que insistir que nuestra pintura va más allá de la belleza creada, a causa de esa incansable búsqueda e investigación plástica a la que sometemos nuestra realidad hacia una reproducción pictórica de nuestras vivencias. Podríamos por tanto afirmar que el contenido y el significado de nuestra pintura poseen connotaciones autobiográficas.

La Facultad de Bellas de Madrid ha supuesto un lugar fundamental en nuestra formación pictórica para afianzar nuestra vocación artística y un espacio de encuentro con la más pura Tradición española (Velázquez, Goya, etc.) y con los dos grupos generacionales de realistas que también surgen en Bellas Artes (Madrid), encabezados por Antonio López (primera generación) y Florencio Galindo, maestro y referente (segunda generación). La Facultad se convierte así en el eje central de nuestras vidas, dónde surgen estrechos vínculos y conexiones de indudable veracidad con las dos generaciones anteriores, tanto en los criterios técnicos como en los estéticos.

Alejada de la simple imitación óptica de la realidad, se desarrolla nuestro universo, donde los espacios y elementos pintados se circunscriben a dos lugares muy concretos y esenciales para nosotros: la Facultad de Bellas Artes de Madrid (centro neurálgico por excelencia) y nuestro espacio de trabajo (Estudio). Estos dos lugares constituyen el centro inagotable de nuestra temática e iconografía, extremadamente concreta, propia y singular, encontrando motivos referenciales que aportan significados a nuestro particular lenguaje pictórico.

Hermanos Pardo

Armario S-03 (I)

Óleo sobre tabla
180 x 122 cm



Armario S-03 (II)

Óleo sobre tabla
180 x 122 cm



Armario S-03 (III)

Óleo sobre tabla
180 x 122 cm





Contenedores S-13 (Gris-amarillo)
Homenaje a Florencio Galindo

Óleo sobre tabla
320 x 180 cm



Contenedores S-13 (Verde-rojo)

Óleo sobre tabla
320 x 180 cm



Radiador

Óleo sobre tabla
320 x 180 cm



Sala de entintado S-03 (I)

Óleo sobre tabla
320 x 180 cm



Sala de entintado S-03 (II)

Óleo sobre tabla
320 x 180 cm



Sala de entintado S-03 (III)

Óleo sobre tabla
320 x 180 cm



Estudio S.A.-17

Óleo sobre tabla
250 x 250 cm



Cuaderno de Arte en Santa María de Valbuena nº 12



EDICIÓN
Fundación *Las Edades del Hombre*

ÓLEOS
Hermanos Pardo

TEXTOS
Hermanos Pardo

FOTOGRAFÍA
Guillermo Ciriza
Vanessa Portocarrero Martín

